



**RETIRO DE SEMANA SANTA 2018**

**EN EL CENÁCULO:**

# **CONMOVIDOS Y ESPERANZADOS**

**P Juan Ignacio Pacheco**

En el Cenáculo:

**CONMOVIDOS Y ESPERANZADOS**

## **— Retiro Semana Santa 2018**

### **La Cuaresma: signo sacramental de nuestra conversión**

Un nuevo tiempo de Semana Santa; un nuevo espacio para dejar entrar en él al Señor que sale a nuestro encuentro como tantas veces lo ha hecho.

“Una vez más nos sale al encuentro la Pascua del Señor. Para prepararnos a recibirla, la Providencia de Dios nos ofrece cada año la Cuaresma, signo sacramental de nuestra conversión, que anuncia y realiza la posibilidad de volver al Señor con todo el corazón y con toda la vida”. (Papa Francisco en su mensaje de Cuaresma 2018)

El Papa nos presente la Cuaresma como un sacramental: eso significa que es un tiempo especial, donde el Señor está más presente... si lo comparamos con otro sacramental, por ejemplo, la pila del agua bendita que vemos en todas las puertas de nuestras capillas y templos... nos acercamos a ellas y nos persignamos con esa agua, porque creemos que Dios está ahí, está más presente y actuante ahí, que en otros lugares...

La Alianza de Amor es otro sacramental, donde vemos a Dios actuante en nuestra naturaleza humana, que se reconoce débil, pequeño y por eso acude a María Santísima para dejarse educar por Ella, como Madre y Reina que es... la Alianza es un “lugar” donde encontramos más fuertemente la presencia de Dios que sale al encuentro de su pueblo, de sus hijos, que sellan alianza y renuevan con ellos su bautismo.

Pues bien, el Papa nos dice que la Cuaresma es un sacramental como tiempo litúrgico: un “lugar” donde podemos pensar en nuestra conversión, reconciliación con Dios, con uno mismo y con los demás. Está señalado así en la oración colecta del Domingo I de Cuaresma.

### **Cuaresma 2018: en el Cenáculo, conmovidos y esperanzados**

Este año la Cuaresma viene hasta nosotros con una carga de amor a la Iglesia muy grande. Hemos recibido la visita del Papa que dejó entrever una Iglesia abatida y un país diferente. En Schoenstatt, específicamente en el Santuario de Bellavista, hombres armados robaron la corona de la Virgen. Esto acontece en pleno año del P Kentenich, al que se convocó para recordar los 50 años de su muerte. Estamos ad portas de celebrar el Congreso Eucarístico, un tiempo especial de gracia en que nos queremos “sentar en la misma mesa del Señor”.

Los mensajes del Papa, lo de la corona justo el día en que el Santo Padre dejó el país luego de haber coronado tres veces a la Virgen María, los cambios sociales y políticos en nuestro país, nos conmueven, nos impactan y son voces de Dios, signo de los tiempos. Como tales, hay que descubrir su sentido y considerarlos como voces de esperanza para un Chile que quiere construirse como “hogar de todos” como nos han planteado nuestros obispos y para una Iglesia que necesita renovarse desde adentro y en profundidad.

Por eso el nombre de esta reflexión: “en el Cenáculo, conmovidos y esperanzados”; desde el santuario, desde el lugar donde se celebró la eucaristía y se fundó la Iglesia, queremos meditar sobre

los signos de los tiempos que estamos viviendo como país y como Iglesia, y con María, renacer en la esperanza.

“Ella se conmovió al escuchar esas palabras” (Lc 1,29) nos dice el relato de la Anunciación; y de la conmoción pasó a la acción, al visitar a su prima Isabel que necesitaba de su ayuda. También María es la mujer que conmovida en los días previos a Pentecostés, al ver a una comunidad de apóstoles abatidos y sin alegría, los animó a salir con la fuerza del Espíritu Santo, a llevar el mensaje del Evangelio a todos los rincones del mundo.

Nos tomaremos de su mano para que nos ayude en esta reflexión a saber interpretar providencialmente lo que estamos viviendo en este tiempo y verlo todo como un camino de esperanza y renovación.

### **Corazones fríos, el dinero y su cadena**

En este tiempo, lo sabemos, se practica de manera especial la oración, la limosna y el ayuno.

Es un tiempo también para la reflexión: el Papa nos habla en su mensaje de Cuaresma, de “corazones fríos” que hacen congelar la caridad, raíz del mal de nuestros días, rebalsados de individualismo y utilitarismo, en la cultura de los desechos.

El Papa Francisco lo ha repetido en varias oportunidades: lo que atenta contra esa caridad, atontándola, enfriándola e incluso eliminándola, es nuestra relación con el dinero, así de simple y concreto. Es algo que Francisco siempre repite; el dinero que genera una suerte de cadena poco virtuosa: el dinero te da poder y el poder corrompe, te hace mirar desde arriba al que camina a tu lado, porque te hace sentir superior. El poder que te hace autoreferente, vanidoso, egoísta. Y la cadena termina con la soberbia, al creer que eres mejor que los demás, mejor que ese va caminando junto a ti, dándote el derecho “a tirar la primera piedra”, pisotear al que está en el suelo y condenar al que se equivocó.

Eso hace un corazón frío... la estrechez de corazón, como dice la canción de “Los Prisioneros”.

Y esto hay que entenderlo no como algo que le sucede al vecino, o al jefe, al empresario, al que le está yendo bien en la vida... es algo que nos pasa a todos, por muchos títulos que tengamos, por muy “honorables” que seamos.

### **Tentaciones**

Muchas veces nos pasa como al fariseo que rezaba en el templo: “gracias Señor por no ser como los demás, por no ser como ese que se sienta en la última fila...” (Lc. 18, 9-14); cuántas veces nuestros corazones fríos nos bloquean la sensibilidad de saber que el otro puede estar pasándolo mal, incluso más mal que yo frente a una situación difícil.

Son tentaciones de la vida diaria que afectan nuestro camino de caridad y plenitud de vida.

Muchas veces creemos que nuestras dificultades son únicas y exclusivas... desconocemos lo que en categorías actuales se llama “la humanidad compartida”...

La autocompasión, entendida sanamente, no como una oportunidad de dar lástima, de que nos digan pobrecitos y buscar el consuelo que no es otra cosa que querer llamar la atención, comienza por reconocer que todos en algún momento de la vida la hemos pasado mal, que no soy el único que sufre, y que mi dolor me puede conectar con el sufrimiento del otro y así empatizar y solidarizar... eso se llama “humanidad compartida”...

O como tantas veces se escucha en confesión: un corazón frío que de lo único que se reconoce pecador es en temáticas de moral sexual, como si todo lo demás no existiese: la envidia que atenta contra la fraternidad, la rivalidad que atenta contra el trabajo en equipo, los celos y la subjetividad exacerbada que atenta contra la solidaridad... o la empatía que muchas veces confundimos con una simpatía mal entendida.

O la tentación de aislarnos, de hundirnos en nuestro individualismo, de no querer pedir ayuda, de creer que yo solo me la puedo... o de quedarnos “rumiando nuestra desolación”, la peor de todas como dijo el Papa en su visita a Chile, de la que hablaremos más adelante.

Esa es la estrechez de corazón o los corazones fríos de la que nos advierte el Papa en su mensaje de Cuaresma. Pero entonces... ¿qué podemos hacer?

### **Sacrificarse por el otro, orar, dar limosna, ayunar**

Nos propone calentar el corazón, es lógico; nos habla del fuego del amor, del fuego de la Pascua, dice Él, adelantándonos el final de esta encrucijada en que nos metió: para reencender el amor, calentar el corazón, la pista es la cruz que redime y que salva: el amor sacrificado por los demás, no por masoquismo, sino porque ahí hay una gran verdad: el verdadero amor es el que es capaz de sacrificarse por el amado

Él nos dice también que para aprovechar este tiempo como “sacramental de conversión”, para calentar nuestra caridad enfriada por nuestros corazones fríos, podemos acudir a las clásicas iniciativas cuaresmales: oración, limosna y ayuno. Y yo les agrego una cuarta, que siempre recuerdo en mis retiros de semana santa: el letrero colgando de la manilla de nuestra puerta.

Podemos rezar, orar... no a la rápida.. cuánta falta nos hace rezar... rezar es tiempo para Dios, pero en el fondo es tiempo para uno... dejar que el Espíritu me inunde, me inspire y escuchar al Señor; también hablar con Él... dialogar, entender lo que quiere de mí... rezar por los demás, por los que Dios me ha confiado... qué bueno es dedicar un rato de oración, nombrando a cada uno de mis seres queridos e imaginármelos en mi corazón de fuego, que es capaz de sacrificarse por ellos.

Hacer limosna: “cuánto desearía que fuera un estilo de vida”, dice el Papa Francisco. Nos habla del compartir, no sólo de dar un par de monedas a la señora que está pidiendo en la esquina. Es el compartir con el que necesita, y no necesariamente porque yo tenga más que él, sino porque es una manera de alegrarnos la vida... ser generosos es el mejor acto de inversión personal que existe... “porque dando, se recibe”, como dice la oración de San Francisco... o como dice el evangelio: “hay mayor felicidad en dar que en recibir” (Hch 20, 35)...

Reflexión. *¿Cuál fue mi última acción de limosna en este sentido que hice... invitaciones por ejemplo, a comer, a compartir el quincho que hice en mi casa; prestar la casa en la playa, prestar*

*el auto; ayudar en obras de beneficencia; (la cajita de Cuaresma de este año es para los adultos mayores con necesidad. Interesante ver entonces la limosna como un estilo de vida y no andar invitando diciendo que lo hago por hacer limosna, porque se perdería el sentido.*

Y agrega también el Papa otra idea en torno a la limosna: “cuánto querría que también en nuestras relaciones cotidianas, ante cada hermano que nos pide ayuda, pensáramos que se trata de una llamada de la divina Providencia: cada limosna es una ocasión para participar en la Providencia de Dios hacia sus hijos; y si él hoy se sirve de mí para ayudar a un hermano, ¿no va a proveer también mañana a mis necesidades, él, que no se deja ganar por nadie en generosidad?”

*¿Quién fue la última persona que me pidió ayuda material? ¿Pude ayudarla? ¿Qué hice? ¿Cómo la ayudé? Si no lo hice, ¿puedo revertir esa situación ahora? ¿Cómo? ¿A qué me comprometo en tal sentido?*

“El ayuno, por último, debilita nuestra violencia, nos desarma, y constituye una importante ocasión para crecer”, dice el Papa.

¿Qué significará ese “debilitar nuestra violencia”? La violencia come violencia... si yo me abstengo de la palabra hiriente, si me callo en mi pelambre, si ayuno de malas acciones, seré artesano de la paz, constructor de la paz, bienaventurado de la paz, como nos dijo en Chile, y de esa manera no sólo corto la cadena de violencia y de mal ambiente que origina esta clase de comentarios, sino que también, desarmo al otro y no soy cómplice de una mala práctica que destruye cualquier comunidad...

Me concentro en el pelambre, porque es de lo mejor que podemos ayunar, pero esto se refiere también al ayuno de alimentos, que nos permite solidarizar con los que sufren hambre. “El ayuno nos despierta, nos hace estar más atentos a Dios y al prójimo, inflama nuestra voluntad de obedecer a Dios, que es el único que sacia nuestra hambre”. (Papa Francisco)

*¿Qué puedo ayunar en este tiempo, de qué me puedo abstener?; ¿Qué mal comentario o pelambre puedo dejar de hacer? A qué me comprometo?*

Y la cuarta iniciativa que agregó se refiere al letrero que podemos dejar colgando en la puerta de nuestra habitación, así como en los hoteles: “Señor entra y haz el aseo que necesita mi alma en este tiempo de gracia”, o “Señor, sigue adelante y no molestes”.

*¿Qué letrero poner? Esa decisión depende sólo de mí.*

De estas 4 maneras podemos entonces reavivar el fuego del amor, dejarnos encender y calentar por el fuego de la Pascua, que nos hace tanto bien para dejar de seguir viviendo con corazones fríos.

### **Escuchar y Conmoverse**

Frente a un mundo que late con corazones fríos, distantes, aislados, una buena sugerencia es escuchar... qué queremos escuchar... justamente a este mundo que estamos construyendo; un mundo que se nos presenta como un escenario que busca cada vez más protagonistas y menos espectadores... porque hoy por hoy, todos tenemos algo que decir, la gente está más “empoderada”. Nadie quiere que no se le respete, que se vulneren sus derechos, que no se les tome en cuenta. Cada vez más tenemos una sociedad cuya bandera de lucha es sí a la tolerancia y no a la discriminación;

sí a la igualdad, no a los privilegios de unos pocos; sí a la transparencia, no a la ideología... son un montón de temas que como sociedad hemos puesto sobre la mesa, donde el concepto de la pos verdad prevalece... sin duda aspectos positivos, pero que hay que saber entender... porque la tolerancia también implica aceptar al que vive de acuerdo a una fe o a una postura valórica que implica una determinada forma de vivir...

Como iglesia tenemos que abrirnos a esa nueva sensibilidad social, a esta manera de ver la vida, donde no todo se acepta y se entiende a partir de dogmas, o de planteamientos del tipo: “siempre las cosas se han hecho así”... es una manera de pensar “milenials”, que hace que tengamos que sentarnos a dialogar y a no dar las cosas por supuestas, lo que siempre es positivo y nos hace muy bien como Iglesia.

Dialogar es escuchar de manera activa, empática, propositiva. Escuchar así valida tu hablar, porque lo que dices, lo hablas después de haber escuchado.

Escuchar como lo hacía María.

María escucha para conocer, para aprender, para saber, para integrar y salir al encuentro. De esa manera entendió que el anuncio del Ángel no fue solamente para quedarse cómodamente en su casa como la Madre del Salvador. Su llamada escondía una misión y al escuchar que su prima estaba embarazada también, se conmovió y partió presurosa a servirla.

Esa actitud de la escucha es vital, fundamental, esencial para los tiempos que vivimos hoy... conmovirse... escuchar y conmovirse, haciendo notar que lo que te pasa, que lo me cuentas, me importa.

Conmoverse implica una acción: aparte de señalar que te afectó sensiblemente, emocionalmente, alude a un cambio de postura, de posición... te conmoviste e hiciste algo... María salió a visitar a su prima Isabel...

Nosotros podemos decir en este contexto... ¿qué te conmueve hoy? De lo que escuchas del mundo, qué te conmueve y que estás dispuesto a hacer fruto de esa conmoción?

¡Y tenemos tanto que escuchar en este tiempo! ¡Tanto para dejarnos conmover!

## Voces del Tiempo

### a) Conmovernos por la Palabra.

Escuchemos cómo nos habla la palabra de Dios en este tiempo de cuaresma. ¿Cómo nos conmovió su Palabra?

**Domingo 1 Mc 1,12-15:** las tentaciones en el desierto, lo que nos aleja del camino del bien. Aquí queremos tener presente todo el ámbito de nuestras tentaciones... ya mencionamos lo del dinero, que deriva en una mala relación con el poder, y desencadena en la autoreferencia, la vanidad, el egoísmo, la soberbia. Después hablaremos de una bastante grande de la que nos habló el Papa: cuando estamos pasando por un mal momento y en vez de tratar de salir de ahí, quedarse “rumiando”, “masticando” la desolación, la tribulación, la desesperanza. Todo se hace más difícil así.

**Domingo 2: Mc 9, 2-10:** la transfiguración, el cambio de vida interior. Si algo tenemos que aprender de la cuaresma y de semana santa, es que nunca es tarde para cambiar, para levantarse, para volver a empezar. La vida es un camino de conversión, de bienaventuranzas, de misericordia.

**Domingo 3: Jn 2, 13-25:** expulsión de los mercaderes en el Templo; es un llamado a respetar el espacio sagrado, algo de lo que actualmente no sabemos; cómo está nuestra conquista en ese campo: comportamiento en la iglesia; (matrimonios, colegios). De alguna manera nos recuerda que hemos expulsado nosotros a Dios del mundo.

**Domingo 4: Jn 3, 14-21** esperanza de la salvación; no vivimos en un mundo “donde todo está perdido” como el tango Cambalache. Habla del sacrificio de la cruz, de este Hijo de Dios que muere por nosotros, que será levantado al igual que el báculo de Moisés, haciendo alusión al madero de la cruz. También se refiere a la luz que es Dios y que nos pide ser luz para los demás, una buena motivación para la transparencia y la cultura anticorrupción.

**Domingo 5: Jn 12, 20-33:** si el grano de trigo no muere, no da fruto... alude a la capacidad de sacrificio de cada uno, según su misión, según su orden de ser... el papá, se sacrifica por su hijo; el estudiante por sus estudios, el casado por su fidelidad a su mujer, el cura, en la fidelidad a su misión y vocación... todas las misiones de vida exigen esfuerzo y a veces eso el mundo no lo entiende.

Todo estos evangelios de los domingos de cuaresma iluminan el mundo de hoy... ¿qué me dice la palabra de Dios en lo que estoy viviendo personalmente hoy? ¿tiene algo que decirme?

#### **b) Conmovernos por el “Neoateísmo”.**

Es una tendencia actual de un ateísmo más radical, que simplemente considera absurdo, en pleno siglo XXI, la existencia de un dios que interviene y guía la historia. También se manifiesta contrario a las religiones, considerándolas absurdas. Plantean que la existencia de un dios atenta contra la libertad del hombre, que las religiones son una respuesta infantil al sin sentido de la vida, al miedo a la muerte, a las malas acciones que ejecutamos. Postula a que la fe nos hace pensar más en el más allá que en el más acá y que las religiones amparan personalidades fundamentalistas, ideológicas, intolerantes, alienantes.

Como creyentes, católicos, no podemos estar de acuerdo con esos postulados, no sólo por la formación recibida, sino por la experiencia de un Dios bueno y fiel, que ama a sus hijos incondicionalmente, apasionadamente y personalmente.

“Buena parte de la crítica del neoateísmo nace del hecho que los que nos llamamos cristianos no vivimos lo que predicamos. Los nuevos ateos expresan, en parte, una razonable rebelión en contra de esas prédicas, catequesis, teologías y pastorales que muestran un Dios abstracto y lejano o inmisericorde con los pecadores. El nuevo ateísmo surgiría también de la traición al mandato de amar a Dios por sobre todas las cosas —no idolatrando al poder— y de amar a los más pequeños, no a los sabios ni a los potentados”. (Sergio Micco, revista Mensaje)

Interesante la postura del neoateísmo: también debiera conmovernos y obligarnos a volver a la centralidad del Evangelio, para dar un mayor y mejor testimonio de Dios, un testimonio de una fe viva y adulta en cada uno de nosotros.

No sé si en Chile estamos viviendo a este nivel de ausencia de Dios, de considerar que no existe y que las religiones son absurdas, pero el ambiente de “pedir permiso para creer” o “perdón por creer”, es innegable.

### c) **Conmovernos por este “Chile cambió”**

Es quizás la frase que más se escucha por estos tiempos. Chile ha cambiado, ya no es el mismo de hace 30 años, cuando tuvimos la primera visita de un Papa a Chile con San Juan Pablo II.

Y lo dijo el Papa Francisco hace unos meses: “el Chile de hoy es muy distinto al que conocí en tiempos de mi juventud, cuando me formaba. Están naciendo nuevas y diversas formas culturales que no se ajustan a los márgenes conocidos. Y tenemos que reconocer que, muchas veces, no sabemos cómo insertarnos en estas nuevas circunstancias”.

En 30 años Chile es otro. Aquí cito al Provincial de los Jesuitas, el P Cristián del Campo, que hace un diagnóstico en este sentido: “Chile cambió socioeconómicamente, culturalmente, valóricamente. ¿Se acuerdan cuánto era el ingreso per cápita en Chile hace 30 años? USD4.000 PPP. ¿Hoy? USD24.000 PPP. Eso es 6 veces en 30 años. Nuestra cultura ha sufrido una transformación radical en su visión de sí misma, de lo que valora y le da identidad, del modo cómo está constituida, cómo quiere organizarse y tomar sus decisiones. Es una sociedad que ya no acepta imposiciones autoritativas, que quiere ser abierta, respetuosa de lo distinto y de la libertad de cada persona para decidir en el ámbito privado, según sus convicciones y valores. Una de las dimensiones donde más se nota este vertiginoso cambio es en la dimensión religiosa de la cultura y las personas. Basta con ver los resultados de cada censo para notar cuánto crecen los no creyentes y cuánto decrecen los que se declaran católicos. - Lo realmente único de nuestro caso no son los fenómenos culturales y socio religiosos, sino su rapidez. Eso es lo que nos tiene K.O., groggy, atontados, perplejos y abatidos”.

Chile en 1987 tenía 12 millones de habitantes, de los cuales 8,7 se declaraban católicos; hoy somos 17,5 y sólo 10 se declara católico, es decir un 70 versus un 59 %. Aumentaron los evangélicos y los ateos o los “neoateos”, como ya hablamos. En 1987 el tema de los migrantes no era tema, hoy en cambio sí; el tema de la democracia sí era relevante el 87, hoy no; hoy vivimos en un “equilibrio político” reconocido al menos en latinoamérica como muy positivo y admirable.

La gente está más “empoderada”; hay crecimiento económico que permite un mayor poder adquisitivo; no acepta que se le impongan las cosas...

Tres aspectos que me llaman la atención del nuevo Chile: aeropuerto (siempre colapsado) los domingos y las calles cerradas por los ciclistas y gente haciendo deporte; “una mujer fantástica” y su “rebeldía, resistencia y amor”.

También las nuevas fuerzas políticas como el Frente Amplio, la falta de líderes y de rostros nuevos en todos los sectores y ámbitos (principalmente en nuestra Iglesia)

Como chiste, se dice que Chile cambió, porque ahora la Pamela Díaz la entrevista “El Mercurio” y no la revista “Vanidades”.



#### **d) Conmovernos por nuestra Iglesia chilena desacreditada y sin líderes.**

Una Iglesia que se cierra en sí misma; una iglesia alejada de la gente, muy cuestionada, con poca credibilidad. Una Iglesia que por años basó su discurso en la moral sexual, en temáticas más de formas que de fondo. Como la gente está más empoderada ahora, no acepta tan fácilmente las cosas sólo “porque el cura lo dice”. Es una Iglesia desenchufada, que llega tarde, que ha gastado toda su energía en las temáticas de los abusos.

Por eso qué alegría recibir una visita de un Papa. ¡Gracias Papa Francisco por venir a vernos en medio de un ambiente así!... esa debiera ser nuestra reflexión... perfectamente podría haber decidido evitarnos para no pasar un mal rato o no tener conflictos. Igual los tuvo, sobre todo con esa declaración en Iquique de apoyo a Monseñor Barros. Fue un momento poco afortunado, pero que implicó que el Papa pidiera perdón y que esa rectificación la haya puesto en obra, con el envío a Santiago de Monseñor Scicluna.

Creo que aquí hubo una falla en la organización también, al no prever lo que haría el Obispo Barros y tener plan A, B y C con él.

Comparto el diagnóstico del P Cristián del Campo, provincial de los Jesuitas. “Los últimos 10 años han sido del terror para nuestra Iglesia. Es probable que también en otros países del continente la Iglesia cuente con los bajos niveles de reputación e influjo que hoy vemos en Chile. Sin embargo, no sé si en algún otro lugar se haya pasado tan rápidamente de ser una Iglesia creíble y admirada, a una institución desprestigiada y cuestionada, producto de nuestros pecados, negligencias y del daño que hemos ocasionado”.

#### **e) Conmovernos por el Robo de la Corona de la Mater en Bellavista, en el Año del P Kentenich**

Justo el día y en el momento casi en que el Papa Francisco tomaba su avión para despedirse de Chile, el Santuario de Bellavista era víctima de un violento asalto. Dos hombres con armas entraron mientras un grupo de Hermanas de María rezaba. Eran cerca de las 3 de la tarde. Uno de ellos se encaramó en el altar, llegó hasta el cuadro de la Mater y le arrebató la corona. La Cruz de la Unidad y otras figuras religiosas quizás de mayor valor que la corona, quedaron allí, sin interesarles a los ladrones en lo más mínimo.

Fueron directo a la corona, la misma con la que el P Kentenich coronó a la Mater el 5 de junio de 1949, para pedirle fuerza en su misión de vida, la cruzada de los vínculos, de la integridad y coherencia de vida, del amor generoso y renovado que cambia el mundo, la que se conoce como misión del 31 de mayo.

Que falte la corone no invalida ni la protección de María ni mucho menos la misión. Pero sin duda nos lleva a preguntarnos qué quiso la Providencia con este acto tan impensado y fuera de toda lógica, porque el valor monetario de la corona no era tanto.

Para algunos constituye una gran motivación a tomarnos en serio la cruzada del 31 de mayo y ser más jugados por esa misión: conocerla más, encarnarla más, ser más protagonistas: “quien tiene una misión, ha de cumplirla” (P Kentenich)

Para otros es la consecuencia de la acción del demonio, enfurecido por la coronación que había hecho el Papa Francisco a la Virgen del Carmen, patrona de Chile

Cada cual podrá sacar sus propias conclusiones. En todo caso nos pone en una situación de reflexión: qué está pasando en nuestro país con los signos religiosos, con la valoración de lo sagrado, con la vida de la Iglesia, que ya nada se respeta como antes...

Es un signo de nuestro tiempo. Sucede en el año en que conmemoramos los 50 años de la partida al cielo del fundador de Schoenstatt. Un tiempo en que hablamos de vivir un Schoenstatt en salida... son elementos que también nos conmueven y que nos invitan a reaccionar en términos de esperanza de un cambio en el Chile y la Iglesia que somos hoy.

## **f) Conmovernos por la visita del Papa Francisco**

### **1.- Discurso en La Moneda: amor a la patria.**

Nos invitó a la hermosa tarea de construir la patria. Recordó las emblemáticas palabras del Card. Silva Henríquez cuando en un *Te Deum* afirmó: “Nosotros —todos— somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la patria sin fronteras. Esa patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea que hace muchos años comenzaba, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez”.

Vale la pena preguntarnos: *¿Qué estoy haciendo por mi patria? Cómo construyo patria hoy? ¿Estoy informado de los sucesos que acontecen en Chile?*

Este discurso, el primero de todos, engancha muy bien con la última carta pastoral del episcopado chileno, “Chile, un hogar para todos”, que no ha tenido suficiente difusión. De hecho, el Papa Francisco la tomó como texto base para interiorizarse de la realidad de nuestro país. Citamos los puntos 5 y 6 de la carta:

“Decir *hogar* nos inspira calidez y acogida. En el sur hace referencia a la cocina a leña o al fogón donde se agrupa la familia guareciéndose del frío, aunque tengamos que cambiar el combustible por sustancias menos contaminantes. Lo esencial del hogar es la mesa familiar en que compartimos el cariño, la vida, la comida. Por eso, el lema que inspiró nuestra misión pastoral después del terremoto de febrero de 2010 llevaba por título “Chile, una mesa para todos”, y así se plasmó en el bello canto que hemos seguido entonando desde entonces. Hoy queremos decir: “Chile, un hogar para todos”.

Así soñamos esta patria nuestra. Así queremos verla: como un hogar común. Porque es propio del hogar ser el corazón de una familia, tan variada y compleja como hoy la conocemos, con diversas maneras de vivir, de pensar, de sentir y de organizarse. Es verdad que los cambios que como sociedad experimentamos podrían hacernos sentir incómodos al convivir con tantas expresiones culturales que son nuevas para muchos, y que objetivamente algunas de ellas contradicen valores esenciales de nuestra antropología y también de nuestra fe. Sin embargo, todos nosotros somos parte de este hogar y lo peor que podríamos hacer es construirnos un lugar aparte donde sólo caben los que piensan de la misma manera. Es la eterna tentación sectaria que se da tanto dentro de las comunidades religiosas y espirituales como en la sociedad secular. La dignidad, el trabajo, el alimento, la conversación enriquecedora, la crítica que alerta y purifica, la alegría y también el

dolor, son genuinamente nuestros. Compartirlos da al hogar ese sabor a pan recién horneado y el frescor al agua cristalina”.

El Papa Francisco nos dejó una tarea: construir la patria como casa de todos, familia común: “tienen ustedes, por tanto, un reto grande y apasionante: seguir trabajando para que la democracia y el sueño de sus mayores, más allá de sus aspectos formales, sea de verdad lugar de encuentro para todos. Que sea un lugar en el que todos, sin excepción, se sientan convocados a construir casa, familia y nación. Un lugar, una casa, una familia, llamada Chile: generoso, acogedor, que ama su historia, que trabaja por su presente de convivencia y mira con esperanza al futuro”.

Llamó a saber escucharnos entre todos: los adultos mayores, los adultos, los jóvenes y los niños y en este contexto pidió perdón por los abusos cometidos por los sacerdotes.

Y citó a Gabriela Mistral para hablar del alma de la chilena, calificándola como: “*vocación a ser, esa terca voluntad de existir*”.

Reflexión. *¿Percibo a mi país como un “hogar”?; ¿Qué estoy haciendo por mi patria? Cómo construyo patria hoy?; ¿amo la historia de mi patria?; ¿la concibo como esa familia común?; ¿cómo estoy escuchando al que piensa distinto a mí, al que valóricamente piensa distinto? Siempre se nos critica que la Iglesia Católica impone su pensamiento, su manera de ver la vida, sus principios... cómo estamos reaccionando frente a los temas de la agenda valórica que se tramitan en nuestro país, en el congreso, en el gobierno: con tolerancia, con altura de miras, con empatía? ¿cómo reacciono frente a la ridiculización que se hace de nuestras autoridades?*

En tiempos de elecciones, de cambio de gobierno en este Chile en el que están cambiando las fuerzas políticas, es importante respondernos con claridad estas preguntas.

## **2. Misa de Santiago en el Parque O Higgins: la paz.**

Aquí el Papa nos habló de la paz. Citó las bienaventuranzas como camino que tiene que recorrer todo cristiano. Y aludió a la paz no simplemente por un tema de conflictos bélicos que siempre se desarrollan en el mundo o en nuestras sociedades, sino que aludió a la paz del corazón de cada uno, esa paz que es tal vez más profunda y necesaria, tal como lo afirmaba San Juan Pablo II: “la paz del corazón, es el corazón de la paz”.

Un corazón en paz es un corazón con esperanza, con ánimo de tiempos mejores; un corazón en paz brota de un alma reconciliada con su historia, con sus errores, con lo que le tocó vivir. Un corazón en paz es la mejor herramienta para levantar nuestra Iglesia y nuestro país con un espíritu renovado. Sólo con un corazón en paz soy capaz de conmoverme por lo que acontece a mi lado; un corazón revuelto es un corazón autoreferente, que siempre está pensando primero en él mismo.

“Las bienaventuranzas –dice el Papa- nacen del corazón compasivo de Jesús que se encuentra con el corazón compasivo y necesitado de compasión de hombres y mujeres que quieren y anhelan una vida bendecida; de hombres y mujeres que saben de sufrimiento; que conocen el desconcierto y el dolor que se genera cuando se te mueve el piso o se inundan los sueños y el trabajo de toda una vida

se viene abajo; pero más saben de tesón y de lucha para salir adelante; más saben de reconstrucción y de volver a empezar”.

Nos llamó nuevamente a tener esperanza en esta Iglesia abatida, en este Chile que ha cambiado; a tener esperanza frente a los propios dolores y falta de paz personales, en la medida que no nos resignemos o que tratemos de evadir los problemas, refugiándonos en escapismos que derivan en más infelicidad todavía.

“Jesús, al proclamar las bienaventuranzas viene a sacudir esa postración negativa llamada resignación, que nos hace creer que se puede vivir mejor si nos escapamos de los problemas, si huimos de los demás; si nos escondemos o encerramos en nuestras comodidades, si nos adormecemos en un consumismo tranquilizante. Esa resignación que nos lleva a aislarnos de todos, a dividirnos, separarnos, a hacernos ciegos frente a la vida y al sufrimiento de los otros.

Y nos llamó a salir al encuentro...

“¡Sembrar la paz a golpe de proximidad, de vecindad! A golpe de salir de casa y mirar rostros, de ir al encuentro de aquel que lo está pasando mal”.

“¿Quieres dicha?, ¿quieres felicidad? Felices los que trabajan para que otros puedan tener una vida dichosa. ¿Quieres paz? ¡Trabaja por la paz!”.

Reflexión. *¿Cómo estoy trabajando por la paz de mi corazón? ¿Qué veo? (películas, información, etc), ¿qué digo? (pelambres, garabatos) ¿qué escucho? (rumores, copuchas)*

*¿Qué he hecho últimamente por la felicidad de otro?*

### **3.- Encuentro en la cárcel de mujeres en Santiago: el perdón.**

Quizás este fue el discurso más emotivo de todos, el que más impactó; fue difícil contener las lágrimas a ver a todas esas mujeres presas, todas bien vestidas y arregladas, algunas con sus hijos pequeños; el Papa Francisco también se le vio emocionado.

Este discurso vuelve a plantear el tema de la esperanza. ¡Con qué fuerza y valentía habló Janett pidiendo perdón por las faltas cometidas, por el daño que habían causado sus delitos! Con qué fuerza y profundidad también habló el Papa aludiendo a que el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra!

El Papa nos dijo: “¡cuánto tenemos que aprender de esa actitud tuya llena de coraje y humildad! Te cito Janett: “Pedimos perdón a todos los que herimos con nuestros delitos”. Gracias por recordarnos esa actitud sin la cual nos deshumanizamos, todos tenemos que pedir perdón, yo primero, todos, eso los humaniza. Sin esta actitud de pedir perdón perdemos la conciencia de que nos equivocamos y que nos podemos equivocar y que cada día estamos invitados a volver a empezar, de una u otra manera”.

La temática del perdón da para un retiro entero. Simplemente quiero aquí detenerme en esto de “tirar la primera piedra”. Un buen examen de conciencia para el día a día, parte por descubrir todas las veces en que durante el día, juzgo. Juzgo por la apariencia del otro, por su manera de hablar, de

vestir; por su color de pelo, por su físico, por su peso. Juzgo las decisiones que otros han tomado, sin fijarme en su contexto. Juzgo por ganas, por simpatía, si me cae bien o me cae mal... siempre juzgo... y lanzamos la primera piedra, sin saber que cada uno de nosotros es un pecador, es un hombre o una mujer que también se equivoca, que también mete las patas, que también decide mal, en fin. Y del juicio pasamos al pelambre, a levantar falso testimonio, a etiquetar, descalificar, injuriar.

¿Qué tengo que revisar en mí en ese sentido?

El Papa dijo en la cárcel una de sus frases más hermosas y profundas:

“Una condena sin futuro no es una condena humana, es una tortura”.

La reinserción es bastante más amplia de lo que podemos imaginar; no sólo alude al ex presidiario que trata de conseguir un trabajo y un nuevo lugar en la sociedad... también podemos entender aquí a todas las personas, por ejemplo, que me han ofendido o que han metido las patas conmigo: cómo sigo relacionándome con ellas después de su arrepentimiento y pedido de perdón?... ¿soy amable o les guardo rencor?; si el marido confiesa su infidelidad y la mujer logra perdonarlo y siguen viviendo juntos... ¿cómo lo trata?; si el cura que abusó cumple su condena y regresa a la vida pública ministerial... ¿cómo lo recibo?

A veces nos pasa que estamos tan heridos, que quisiéramos ver colgados en la plaza pública al que nos ha herido o se ha equivocado... ¿eso es cristiano?... ¿qué haría Cristo en mi lugar?

Reflexión. *¿Cómo está mi actitud de reinserción?*

#### **4.- Encuentro con los jóvenes en Maipú: sintonizar con Jesús**

Habló de esperanza también aquí el Papa, porque mencionó que la única manera de cambiar en Cristo a Chile, es asumiendo el protagonismo que los jóvenes deben tener; los llamó y animó a ser “protagonistas de la historia”, Y agregó también lo de la contraseña para estar conectado con Dios y poder dar el aporte que exige el cambio de sociedad que aspiramos: “qué haría Cristo en mi lugar”. Es la frase del P Hurtado y que tendría que estar hoy más viva que nunca en estos corazones fríos de los chilenos que aspiran a encenderse con el fuego del amor de Dios, con el fuego del Espíritu Santo, que quiere un país nuevo, una Iglesia nueva. Es “el hombre nuevo para la comunidad nueva” que quería el padre fundador de Schoenstatt, P José Kentenich.

El Papa nos decía:

“La Virgen del Carmen los acompaña para que sean los protagonistas del Chile que sus corazones sueñan. Y yo sé que el corazón de los jóvenes chilenos sueña, y sueña a lo grande, no solo cuando están un poco curaditos, no, siempre sueñan a lo grande, porque de estas tierras han nacido experiencias que se fueron expandiendo y multiplicando a lo largo de diversos países de nuestro continente.

Y quise empezar por esta referencia a la Patria porque el camino hacia adelante, los sueños que tienen que ser concretados, el mirar siempre hacia el horizonte, se tienen que hacer con los pies en

la tierra y se empieza con los pies en la tierra de la Patria, y si ustedes no aman a su Patria, yo no les creo que lleguen a amar a Jesús y que lleguen a amar a Dios”.

“Y déjenme contarles una anécdota. Charlando un día con un joven le pregunté qué es lo que lo ponía de mal humor. “¿A vos qué te pone de mal humor?” —porque el contexto se daba para hacer esa pregunta. Y él me dijo: «cuando al celular se le acaba la batería o cuando pierdo la señal de internet». Le pregunté: «¿Por qué?». Me responde: «Padre, es simple, me pierdo todo lo que está pasando, me quedo fuera del mundo, como colgado. En esos momentos, salgo corriendo a buscar un cargador o una red de wifi y la contraseña para volverme a conectar». Esa respuesta me enseñó, me hizo pensar que con la fe nos puede pasar lo mismo. Todos estamos entusiastas, la fe se renueva — que un retiro, que una predicación, que un encuentro, que la visita del Papa—, la fe crece pero después de un tiempo de camino o del «embale» inicial, hay momentos en los que sin darnos cuenta comienza a bajar «nuestro ancho de banda», despacito, y aquel entusiasmo, aquel querer estar conectados con Jesús se empieza a perder, y empezamos a quedarnos sin conexión, sin batería, y entonces nos gana el mal humor, nos volvemos descreídos, tristes, sin fuerza, y todo lo empezamos a ver mal. Al quedarnos sin esta «conexión» que es la que le da vida a nuestros sueños, el corazón empieza a perder fuerza, a quedarse también sin batería y como dice esa canción: «El ruido ambiente y soledad de la ciudad nos aíslan de todo. El mundo que gira al revés pretende sumergirme en él ahogando mis ideas».

Sin conexión, sin la conexión con Jesús, sin esta conexión terminamos ahogando nuestras ideas, ahogando nuestros sueños, ahogando nuestra fe y, claro, nos llenamos de mal humor. De protagonistas —que lo somos y lo queremos ser— podemos llegar a sentir que vale lo mismo hacer algo que no hacerlo: “¿Para qué te vas a gastar? Mirá —el joven pesimista—: Pasála bien, dejá, todas estas cosas sabemos cómo terminan, el mundo no cambia, tomálo con soda y andá para adelante”. Y quedamos desconectados de la realidad y de lo que está pasando en «el mundo». Y quedamos, sentimos que quedamos, «fuera del mundo», en “mi mundito” donde estoy tranquilo, en mi sofá, ahí. Me preocupa cuando, al perder «señal», muchos sienten que no tienen nada que aportar y quedan como perdidos: “Pará, vos tenés algo que dar” — “No mirá esto es un desastre, yo trato de estudiar, tener un título, casarme, pero basta, no quiero líos, termina todo mal”. Eso es cuando se pierde la conexión. Nunca pienses que no tienes nada que aportar o que no le haces falta a nadie: “Le haces falta a mucha gente y esto pensálo”. Cada uno de ustedes piénselo en su corazón: “Yo le hago falta a mucha gente”. Ese pensamiento, como le gustaba decir a Hurtado, «es el consejo del diablo» —“no le hago falta a nadie”—, que quiere hacerte sentir que no vales nada... pero para dejar las cosas como están, por eso te hace sentir que no vales nada, para que nada cambie, porque el único que puede hacer un cambio en la sociedad es el joven, uno de ustedes. Nosotros ya estamos del otro lado. El mundo te necesita, la patria te necesita, la sociedad te necesita, vos tenés algo que aportar, no pierdas la conexión.

Y la contraseña de Hurtado para reconectar, para mantener la señal es muy simple —seguro que ninguno de ustedes trajo un teléfono, ¿no? Me gustaría que la anotaran en el teléfono, a ver si se animan, yo se las dicto—. Hurtado se pregunta —esta es la contraseña—: «¿Qué haría Cristo en mi lugar?».

Reflexión. *¿Tengo presente la contraseña de mi conexión con Jesús?*

### **5.- Misa por la Unidad de los Pueblos en Temuco: la unidad.**

El Papa abogó por la unidad de los pueblos, pero sin lugar a dudas, se pueden extrapolar y concebir esa unidad, como actitud vital para una familia, una comunidad, un equipo. Unidad que no significa uniformidad, que todos pensemos igual o, como se dice, que estemos “cortados por la misma tijera”.

Nos llamó a ser constructores y artesanos de unidad:

“Que todos seamos uno: no permitas que nos gane el enfrentamiento ni la división.

“La unidad, tiene que construirse desde el reconocimiento y la solidaridad. Señor, haznos artesanos de unidad”.

Para la reflexión: *¿soy capaz de anteponer el bien común a mis propios intereses a la hora de hablar de unidad en mi familia (comunidad, grupo de vida, equipo de trabajo) ¿Qué tengo que “sacrificar” para trabajar por esa unidad que no consiste en “uniformidad”?*

### **6.- Misa de la Virgen del Carmen en Iquique: la alegría.**

Hemos estado hablando de escuchar, de conmoverse con lo que vemos, y escuchamos del tiempo actual... María lo hizo y aprendimos de Ella esta actitud ya desde los primeros momentos de la Anunciación, cuando parte presurosa a visitar a su prima Isabel que la necesitaba, porque estaba embarazada. Esa actitud de mirar primero lo que necesita el otro, de empatizar con el otro, de solidarizar, María también la enseña en las bodas de Caná, evangelio escogido en esta eucaristía en el desierto más árido del mundo, en Iquique. El Papa nos dice: “en este clima de fiesta, el Evangelio nos presenta la acción de María para que la alegría prevalezca. Ella está atenta a todo lo que pasa a su alrededor y, como buena Madre, no se queda quieta y así logra darse cuenta de que en la fiesta, en la alegría compartida, algo estaba pasando: había algo que estaba por «aguar» la fiesta. Y acercándose a su Hijo, las únicas palabras que le escuchamos decir son: «no tienen vino”.

Para la reflexión: *¿estoy atento a lo que necesitan los demás: soy de “oreja generosa”, más que de corazón generoso? Es decir, escucho o veo sólo lo que me conviene escuchar o ver o tengo la actitud de “velar” por la alegría de los demás? ¿Con quién o con quiénes debiera estar más atento en este sentido?*

De esa manera dice el Papa, es decir, con nuestra actitud atenta y rápida por la necesidad del prójimo, Jesús puede hacer el milagro de Caná: “el milagro comienza cuando los servidores acercan los barriles con agua que estaban destinados a la purificación. Así también cada uno de nosotros puede comenzar el milagro, es más, cada uno de nosotros está invitado a ser parte del milagro para otros”.

Seamos protagonistas de la historia, protagonista de una nueva Iglesia, de un nuevo Chile, seamos artesanos de unidad, instrumentos de esperanza, fuentes de misericordia... todo esto lo ha dicho el Papa y lo dijo aquí, en nuestro país: ese ha sido su mensaje: no nos hagamos los sordos, porque el cómo pareciera estar aquí: el cómo renovar nuestra Iglesia chilena está en esta clave: esperanza, misericordia, unidad, protagonismo...

Y al finalizar su homilía en Iquique, pareciera que hubiese querido redondear esta idea y darla a conocer como un gran grito de esperanza, profundo y concreto, para levantar al Chile nuevo:

“Como María en Caná, busquemos aprender a estar atentos en nuestras plazas y poblados, y reconocer a aquellos que tienen la vida «aguada»; que han perdido —o les han robado— las razones para celebrar; los tristes de corazón. Y no tengamos miedo de alzar nuestras voces para decir: «no tienen vino». El clamor del pueblo de Dios, el clamor del pobre, que tiene forma de oración y ensancha el corazón y nos enseña a estar atentos. Estemos atentos a todas las situaciones de injusticia y a las nuevas formas de explotación que exponen a tantos hermanos a perder la alegría de la fiesta. Estemos atentos frente a la precarización del trabajo que destruye vidas y hogares. Estemos atentos a los que se aprovechan de la irregularidad de muchos migrantes porque no conocen el idioma o no tienen los papeles en «regla». Estemos atentos a la falta de techo, tierra y trabajo de tantas familias. Y como María digamos: no tienen vino, Señor”.

Qué mejor síntesis para hablar y entender la Iglesia en salida, como nos ha motivado tantas veces el Papa Francisco durante su pontificado.

“Y después dejemos a Jesús que termine el milagro, transformando nuestras comunidades y nuestros corazones en signo vivo de su presencia, que es alegre y festiva porque hemos experimentado que Dios-está-con-nosotros, porque hemos aprendido a hospedarlo en medio de nuestro corazón. Alegría y fiesta contagiosa que nos lleva a no dejar a nadie fuera del anuncio de esta Buena Nueva; y a transmitirle todo lo que hay de nuestra cultura originaria, para enriquecerlo también con lo nuestro, con nuestras tradiciones, con nuestra sabiduría ancestral, para que el que viene encuentre sabiduría y dé sabiduría. Eso es fiesta. Eso es agua convertida en vino. Eso es el milagro que hace Jesús”.

¡Volver al evangelio, a la buena nueva de la esperanza de Jesucristo! ¡A predicar el evangelio de Jesús, más que el evangelio particular y acomodaticio de cada uno!

## **7.- Encuentro con sacerdotes y consagrados en la catedral de Santiago**

Nos detendremos en el mensaje a los consagrados, sacerdotes y seminaristas en la catedral de Santiago, que quiere ser un texto base para encender este corazón frío del que hemos hecho mención y aprovechar de meditarlo en este tiempo de cuaresma y semana santa, tiempo “sacramental de conversión”.

En este tiempo de abatimiento que vivimos como Iglesia (abatimiento que no afecta sólo a los curas) viene muy bien este binomio que nos presentó el Papa Francisco: Pedro- Comunidad:

Pedro - comunidad abatida, Pedro - comunidad misericordiada y Pedro - comunidad transfigurada.

Para efecto de esta reflexión podemos cambiar el binomio Pedro / Comunidad, por otros conceptos como “familia”, “matrimonio”, “país”, “sociedad”...etc

Hemos experimentado la tristeza, el bajón, el peso de nuestras faltas y debilidades. Nos queda hacer la experiencia de la misericordia de Dios: saber que la clave está en transparentar nuestra debilidad, nuestros errores, nuestra realidad en definitiva, tal cual es y no como quisiéramos que fuera. Es esa



misericordia la que nos levanta, la que me da identidad de hijo, de niño, de pequeñez y que me hace experimentar el amor de Padre que todo lo perdona y todo lo comprende. Reconocer humildemente que se podía haber actuado mejor y tener la esperanza de la transfiguración, del cambio, de un nuevo comienzo. Todo lo vivido siempre es aprendizaje; los grandes cambios en la vida de una persona siempre se dan en torno a un problema, una metida de pata, una equivocación, un pecado... también cuando hemos experimentado un gran amor o un gesto de confianza. Eso nos hace cambiar, esa es la transfiguración que derrota la tribulación, la desesperanza, la desolación.

Por eso estos tres binomios, donde “Pedro” puede ser cualquiera de nosotros y “comunidad” los demás que caminan la vida conmigo, son una buena clave para mirar el panorama de Iglesia y de país que vivimos y empezar a vislumbrar los cambios.

Creo que aquí está la clave para salir de esta desolación. Y quiero que sea esta la principal enseñanza de este retiro, para que pasemos de la conmoción a la acción, dando una respuesta de esperanza y de protagonismo del nuevo Chile y la nueva Iglesia que queremos ser y que estamos llamados a liderar.

Se trata de ver la realidad tal cual es; el Papa nos ayudó en eso, porque nos mostró un Chile diferente: el de los migrantes, el de las mujeres de la cárcel. Nos mostró la realidad que a veces no queremos ver en nuestro país: la realidad de los pueblos originarios, de los pobres, de los que sufren. Nos habló del amor a la patria, del amor al prójimo; de salir al encuentro del que necesita, pero no como asistencialismo o paternalismo, sino como consecuencia del reconocimiento de las propias heridas y desvalimientos personales. Salir al encuentro del otro con nuestras heridas que son “heridas de Resurrección”.

En este discurso a los sacerdotes y consagrados aludió 7 veces a “mirar la realidad tal cual es” y nos llamó a hacernos cargo de ella. El Papa nos mostró entonces que como Iglesia estábamos dándole la espalda a esa realidad: que hay rabia, pena, tristeza hacia la Iglesia, la jerarquía, los curas y monjas, en fin, a todo lo que represente Iglesia; y es bueno reconocerlo, remediarlo y ofrecerlo para volver a empezar como Iglesia renovada en Cristo.

Por eso su visita fue tan importante, porque con sus gestos y palabras nos conmovió y nos despertó de nuestro abatimiento, encaminándonos a la esperanza.

A continuación el texto completo del discurso del Papa en la Catedral de Santiago.

### **Discurso de la Catedral de Santiago**

“Queridos hermanos y hermanas, buenas tardes:

Me alegra poder compartir este encuentro con ustedes. Me gustó la manera con la que el Card. Ezzati los iba presentando: aquí están, aquí están ... las consagradas, los consagrados, los presbíteros, los diáconos permanentes, los seminaristas, aquí están. Me vino a la memoria el día de nuestra ordenación o consagración cuando, después de la presentación, decíamos: «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad». En este encuentro queremos decirle al Señor: «aquí estamos» para renovar nuestro sí. Queremos renovar juntos la respuesta al llamado que un día inquietó nuestro corazón.

Y para ello, creo que nos puede ayudar partir del pasaje del Evangelio que escuchamos y compartir tres momentos de Pedro y de la primera comunidad: Pedro/la comunidad abatida, Pedro/la comunidad misericordiada, y Pedro/la comunidad transfigurada. Juego con este binomio Pedro-comunidad ya que la vivencia de los apóstoles siempre tiene este doble aspecto, uno personal y uno comunitario. Van de la mano, no los podemos separar. Somos, sí, llamados individualmente pero siempre a ser parte de un grupo más grande. No existe el *selfie* vocacional, no existe. La vocación exige que la foto te la saque otro, y ¡qué le vamos a hacer! Así son las cosas.

### 1. *Pedro abatido, la comunidad abatida*

Siempre me gustó el estilo de los Evangelios de no decorar ni endulzar los acontecimientos, ni de pintarlos bonitos. Nos presentan la vida como viene y no como tendría que ser. El Evangelio no tiene miedo de mostrarnos los momentos difíciles, y hasta conflictivos, que pasaron los discípulos.

Recompongamos la escena. Habían matado a Jesús; algunas mujeres decían que estaba vivo (cf. *Lc 24,22-24*). Si bien habían visto a Jesús Resucitado, el acontecimiento es tan fuerte que los discípulos necesitarían tiempo para comprender. Lucas dice: “Era tal la alegría que no podían creer”. Necesitarían tiempo para comprender lo que había sucedido. Comprensión que les llegará en Pentecostés, con el envío del Espíritu Santo. La irrupción del Resucitado llevará tiempo para calar el corazón de los suyos.

Los discípulos vuelven a su tierra. Van a hacer lo que sabían hacer: pescar. No estaban todos, sólo algunos. ¿Divididos, fragmentados? No lo sabemos. Lo que nos dice la Escritura es que los que estaban no pescaron nada. Tienen las redes vacías.

Pero había otro vacío que pesaba inconscientemente sobre ellos: el desconcierto y la turbación por la muerte de su Maestro. Ya no está, fue crucificado. Pero no sólo Él estaba crucificado, sino ellos también, ya que la muerte de Jesús puso en evidencia un torbellino de conflictos en el corazón de sus amigos. Pedro lo negó, Judas lo traicionó, los demás huyeron y se escondieron. Solo un puñado de mujeres y el discípulo amado se quedaron. El resto, se marchó. En cuestión de días todo se vino abajo. *Son las horas del desconcierto y la turbación en la vida del discípulo*. En los momentos «en los que la polvareda de las persecuciones, tribulaciones, dudas, etc., es levantada por acontecimientos culturales e históricos, no es fácil atinar con el camino a seguir. Existen varias tentaciones propias de ese tiempo: discutir ideas, no darle la debida atención al asunto, fijarse demasiado en los perseguidores... y creo que la peor de todas las tentaciones es quedarse rumiando la desolación»<sup>[1]</sup>. Sí, quedarse rumiando la desolación. Y esto es lo que le pasó a los discípulos.

Como nos decía el Card. Ezzati, «la vida presbiteral y consagrada en Chile ha atravesado y atraviesa horas difíciles de turbulencias y desafíos no indiferentes. Junto a la fidelidad de la inmensa mayoría, ha crecido también la cizaña del mal y su secuela de escándalo y deserción».

Momento de turbulencias. Conozco el dolor que han significado los casos de abusos ocurridos a menores de edad y sigo con atención cuanto hacen para superar ese grave y doloroso mal. Dolor por el daño y sufrimiento de las víctimas y sus familias, que han visto traicionada la confianza que habían puesto en los ministros de la Iglesia. Dolor por el sufrimiento de las comunidades eclesiales, y dolor también por ustedes, hermanos, que además del desgaste por la entrega han vivido el daño que provoca la sospecha y el cuestionamiento, que en algunos o muchos pudo haber introducido la duda, el miedo y la desconfianza. Sé que a veces han sufrido insultos en el metro o caminando por la calle; que ir «vestido de cura» en muchos lados se está «pagando caro». Por eso los invito a que

pidamos a Dios nos dé la lucidez de llamar a la realidad por su nombre, la valentía de pedir perdón y la capacidad de aprender a escuchar lo que Él nos está diciendo y no rumiar la desolación.

Me gustaría añadir además otro aspecto importante. Nuestras sociedades están cambiando. El Chile de hoy es muy distinto al que conocí en tiempos de mi juventud, cuando me formaba. Están naciendo nuevas y diversas formas culturales que no se ajustan a los márgenes conocidos. Y tenemos que reconocer que, muchas veces, no sabemos cómo insertarnos en estas nuevas circunstancias. A menudo soñamos con las «cebollas de Egipto» y nos olvidamos que la tierra prometida está delante, no atrás. Que la promesa es de ayer, pero para mañana. Y entonces podemos caer en la tentación de recluirnos y aislarnos para defender nuestros planteos que terminan siendo no más que buenos monólogos. Podemos tener la tentación de pensar que todo está mal, y en lugar de profesar una «buena nueva», lo único que profesamos es apatía y desilusión. Así cerramos los ojos ante los desafíos pastorales creyendo que el Espíritu no tendría nada que decir. Así nos olvidamos que el Evangelio es un camino de conversión, pero no sólo de «los otros», sino también de nosotros.

Nos guste o no, estamos invitados a enfrentar la realidad así como se presenta. La realidad personal, comunitaria y social. Las redes —dicen los discípulos— están vacías, y podemos comprender los sentimientos que esto genera. Vuelven a casa sin grandes aventuras que contar, vuelven a casa con las manos vacías, vuelven a casa abatidos.

¿Qué quedó de esos discípulos fuertes, animados, airoso, que se sentían elegidos y que habían dejado todo para seguir a Jesús? (cf. *Mc* 1,16-20); ¿qué quedó de esos discípulos seguros de sí, que irían a prisión y hasta darían la vida por su Maestro (cf. *Lc* 22,33), que para defenderlo querían mandar fuego sobre la tierra (cf. *Lc* 9,54), por el que desenvainarían la espada y darían batalla? (cf. *Lc* 22,49-51); ¿qué quedó del Pedro que increpaba a su Maestro acerca de cómo tendría que llevar adelante su vida y su programa redentor? La desolación (cf. *Mc* 8,31-33).

## *2. Pedro misericordiado, la comunidad misericordiada*

Es la hora de la verdad en la vida de la primera comunidad. Es la hora en la que Pedro se confrontó con parte de sí mismo. Con la parte de su verdad que muchas veces no quería ver. Hizo experiencia de su limitación, de su fragilidad, de su ser pecador. Pedro el temperamental, el jefe impulsivo y salvador, con una buena dosis de autosuficiencia y exceso de confianza en sí mismo y en sus posibilidades, tuvo que someterse a su debilidad y a pecado. Él era tan pecador como los otros, era tan necesitado como los otros, era tan frágil como los otros. Pedro falló a quien juró cuidar. Hora crucial en la vida de Pedro.

Como discípulos, como Iglesia, nos puede pasar lo mismo: hay momentos en los que nos confrontamos no con nuestras glorias, sino con nuestra debilidad. Horas cruciales en la vida de los discípulos, pero en esa hora es también donde nace el apóstol. Dejemos que el texto nos lleve de la mano.

«Después de comer, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?» (*Jn* 21,15).

Después de comer, Jesús invita a Pedro a dar un paseo y la única palabra es una pregunta, una pregunta de amor: ¿Me amas? Jesús no va al reproche ni a la condena. Lo único que quiere hacer es salvar a Pedro. Lo quiere salvar del peligro de quedarse encerrado en su pecado, de que quede «masticando» la desolación fruto de su limitación; salvarlo del peligro de claudicar, por sus

limitaciones, de todo lo bueno que había vivido con Jesús. Jesús lo quiere salvar del encierro y del aislamiento. Lo quiere salvar de esa actitud destructiva que es victimizarse o, al contrario, caer en un «da todo lo mismo» y que al final termina aguando cualquier compromiso en el más perjudicial relativismo. Quiere liberarlo de tomar a quien se le opone como si fuese un enemigo, o no aceptar con serenidad las contradicciones o las críticas. Quiere liberarlo de la tristeza y especialmente del mal humor. Con esa pregunta, Jesús invita a Pedro a que escuche su corazón y aprenda a *discernir*. Ya que «no era de Dios defender la verdad a costa de la caridad, ni la caridad a costa de la verdad, ni el equilibrio a costa de ambas, tiene que discernir, Jesús quiere evitar que Pedro se vuelva un veraz destructor o un caritativo mentiroso o un perplejo paralizado»[2], como nos puede pasar en estas situaciones.

Jesús interrogó a Pedro sobre su amor e insistió en él hasta que este pudo darle una *respuesta realista*: «Sí, Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero» (Jn 21,17). Así Jesús lo confirma en la misión. Así lo vuelve definitivamente su apóstol.

¿Qué es lo que fortalece a Pedro como apóstol? ¿Qué nos mantiene a nosotros apóstoles? Una sola cosa: «Fuimos tratados con misericordia». «Fuimos tratados con misericordia»(1 Tm 1,12-16). «En medio de nuestros pecados, límites, miserias; en medio de nuestras múltiples caídas, Jesucristo nos vio, se acercó, nos dio su mano y nos trató con misericordia. Cada uno de nosotros podría hacer memoria, repasando todas las veces que el Señor lo vio, lo miró, se acercó y lo trató con misericordia»[3]. Los invito a que lo hagan. No estamos aquí porque seamos mejores que otros. No somos superhéroes que, desde la altura, bajan a encontrarse con los «mortales». Más bien somos enviados con la conciencia de ser hombres y mujeres perdonados. Y esa es la fuente de nuestra alegría. Somos consagrados, pastores al estilo de Jesús herido, muerto y resucitado. El consagrado – y cuando digo consagrados digo todos los que están aquí– es quien encuentra en sus heridas los signos de la Resurrección. Es quien puede ver en las heridas del mundo la fuerza de la Resurrección. Es quien, al estilo de Jesús, no va a encontrar a sus hermanos con el reproche y la condena.

Jesucristo no se presenta a los suyos sin llagas; precisamente desde sus llagas es donde Tomás puede confesar la fe. Estamos invitados a no disimular o esconder nuestras llagas. Una Iglesia con llagas es capaz de comprender las llagas del mundo de hoy y hacerlas suyas, sufrirlas, acompañarlas y buscar sanarlas. Una Iglesia con llagas no se pone en el centro, no se cree perfecta, sino que pone allí al único que puede sanar las heridas y tiene nombre: Jesucristo.

La conciencia de tener llagas nos libera; sí, nos libera de volvernos autorreferenciales, de creernos superiores. Nos libera de esa tendencia «prometeica de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado»[4].

En Jesús, nuestras llagas son resucitadas. Nos hacen solidarios; nos ayudan a derribar los muros que nos encierran en una actitud elitista para estimularnos a tender puentes e ir a encontrarnos con tantos sedientos del mismo amor misericordioso que sólo Cristo nos puede brindar. «¡Cuántas veces soñamos con planes apostólicos expansionistas, meticulosos y bien dibujados, propios de generales derrotados! Así negamos nuestra historia de Iglesia, que es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshilachada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa, porque todo trabajo es sudor de nuestra frente»[5]. Veo con cierta preocupación que existen comunidades que viven arrastradas más por la desesperación de estar en cartelera, por ocupar espacios, por aparecer y mostrarse, que por remangarse y salir a tocar la realidad sufrida de nuestro pueblo fiel.

Qué cuestionadora reflexión la de ese santo chileno que advertía: «Serán, pues, métodos falsos todos lo que sean impuestos por uniformidad; todos los que pretendan dirigirnos a Dios haciéndonos olvidar de nuestros hermanos; todos los que nos hagan cerrar los ojos sobre el universo, en lugar de enseñarnos a abrirlos para elevar todo al Creador de todo ser; todos los que nos hagan egoístas y nos replieguen sobre nosotros mismos»[6].

El Pueblo de Dios no espera ni necesita de nosotros superhéroes, espera pastores, hombres y mujeres consagrados, que sepan de compasión, que sepan tender una mano, que sepan detenerse ante el caído y, al igual que Jesús, ayuden a salir de ese círculo de «masticar» la desolación que envenena el alma.

### *3. Pedro transfigurado, la comunidad transfigurada*

Jesús invita a Pedro a discernir y así comienzan a cobrar fuerza muchos acontecimientos de la vida de Pedro, como el gesto profético del lavatorio de los pies. Pedro, el que se resistía a dejarse lavar los pies, comenzaba a comprender que la verdadera grandeza pasa por hacerse pequeño y servidor[7].

¡Que pedagogía la de nuestro Señor! Del gesto profético de Jesús a la Iglesia profética que, lavada de su pecado, no tiene miedo de salir a servir a una humanidad herida.

Pedro experimentó en su carne la herida no sólo del pecado, sino de sus propios límites y flaquezas. Pero descubrió en Jesús que sus heridas pueden ser camino de Resurrección. Conocer a Pedro abatido para conocer al Pedro transfigurado es la invitación a pasar de ser una Iglesia de abatidos desolados a una Iglesia servidora de tantos abatidos que conviven a nuestro lado. Una Iglesia capaz de ponerse al servicio de su Señor en el hambriento, en el preso, en el sediento, en el desalojado, en el desnudo, en el enfermo... (cf. *Mt 25,35*). Un servicio que no se identifica con asistencialismo o paternalismo, sino con conversión de corazón. El problema no está en darle de comer al pobre, o vestir al desnudo, o acompañar al enfermo, sino en considerar que el pobre, el desnudo, el enfermo, el preso, el desalojado tienen la dignidad para sentarse en nuestras mesas, de sentirse «en casa» entre nosotros, de sentirse familia. Ese es el signo de que el Reino de los Cielos está entre nosotros. Es el signo de una Iglesia que fue herida por su pecado, misericordiada por su Señor, y convertida en profética por vocación.

Renovar la profecía es renovar nuestro compromiso de no esperar un mundo ideal, una comunidad ideal, un discípulo ideal para vivir o para evangelizar, sino crear las condiciones para que cada persona abatida pueda encontrarse con Jesús. No se aman las situaciones ni las comunidades ideales, se aman las personas.

El reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites, lejos de alejarnos de nuestro Señor nos permite volver a Jesús sabiendo que «Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atraviere épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece... Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual»[8]. Qué bien nos hace a todos dejar que Jesús nos renueve el corazón.

Cuando comenzaba este encuentro, les decía que veníamos a renovar nuestro sí, con ganas, con pasión. Queremos renovar nuestro sí, pero realista, porque está apoyado en la mirada de Jesús. Los

invito a que cuando vuelvan a casa armen en su corazón una especie de testamento espiritual, al estilo del Cardenal Raúl Silva Henríquez. Esa hermosa oración que comienza diciendo:

«La Iglesia que yo amo es la Santa Iglesia de todos los días... la tuya, la mía, la Santa Iglesia de todos los días... Jesucristo, el Evangelio, el pan, la eucaristía, el Cuerpo de Cristo humilde cada día. Con rostros de pobres y rostros de hombres y mujeres que cantaban, que luchaban, que sufrían. La Santa Iglesia de todos los días».

Te pregunto: ¿Cómo es la Iglesia que tú amas? ¿Amas a esta Iglesia herida que encuentra vida en las llagas de Jesús?

Gracias por este encuentro, gracias por la oportunidad de renovar el «sí» con ustedes. Que la Virgen del Carmen los cubra con su manto.

Y por favor, no se olviden de rezar por mí”.

### **Meditación del texto**

(Tomo aquí algunas ideas del P Cristián del Campo Sj.)

### **Rumiar v/s salir a jugar**

Estamos viviendo este tiempo difícil, de desolación, de abatimiento. A los primeros discípulos también les pasó: vivieron una época muy difícil, de silencio y desesperanza cuando murió Jesús y no se supo nada más de Él.

Se les ve perdidos, sin saber qué hacer... los relatos de resurrección, están llenos de esas huellas de tristeza y desconcierto: "Se han llevado a mi Señor y no sabemos dónde lo han puesto" (Jn. 20,13) dice Magdalena desesperada. "Voy a pescar" (Jn 21,3) dice Pedro ante un panorama desolador tras la muerte de Jesús. El desahogo de los peregrinos de Emaús (Lc. 24, 13-35) ante Jesús que los acompaña: están abrumados por la desesperanza. Cuando el Papa se está refiriendo a esto, señala en el discurso de la Catedral: "Son las horas del desconcierto y la turbación en la vida de los apóstoles. En los momentos «en los que la polvareda de las persecuciones, tribulaciones, dudas, etc., es levantada por acontecimientos culturales e históricos, no es fácil atinar con el camino a seguir. Existen varias tentaciones propias de ese tiempo: discutir ideas, no darle la debida atención al asunto, fijarse demasiado en los perseguidores... y creo que la peor de todas las tentaciones es quedarse rumiando la desolación”

Podemos caer en la tentación de echarnos la culpa unos a otros por lo que vivimos como Iglesia: que la culpa la tienen los de la parroquia del Bosque, que el Cardenal Errázuriz no actuó a tiempo, que tal y cual no estuvieron a la altura; o echarle la culpa a las víctimas, con un discurso descalificador e hiriente. Que la culpa lo tienen los medios de comunicación que no quieren a la Iglesia; que Monseñor Barros, que Hamilton, Cruz y Murillo... en fin. O que la Iglesia debiera adaptarse a los nuevos tiempos, que quedó anacrónica, que no tiene líderes, etc.

Todo eso ha sido fuente de nuestras discusiones todo este tiempo.

Pero el Papa nos dijo en la catedral que esas tentaciones y discusiones no se comparan con la peor de todas: la tentación de quedarnos en el encierro de la tribulación, de la desolación que nos embarga, de la desesperanza de saber que cada vez somos menos y que las cosas no se hacen como nos gustaría, no se hacen según el Evangelio.

Es la tribulación, el abatimiento, la desolación.

El Papa ha dicho en otras oportunidades que quedarse “rumiando o masticando la desolación” no hace más que centrarnos en nuestro dolor y en la desesperanza. Nos ha dicho, inspirándose en san Ignacio como buen jesuita, que en esas circunstancias no hay que hacer ningún cambio, no tomar ninguna decisión, sino quedarse quieto, observando, descubriendo lo que está pasando, rezando, meditando. Pero insiste que el camino no es quedarse sólo en eso, aguantando estoicamente los momentos malos, tristes o difíciles que nos pudieran estar pasando; no basta con eso, sino que hay que hacer algo por salir de esa situación. No basta con pasar todo el partido, encerrados en el propio arco aguantando el cero a cero, sino en algún momento hay que animarse, agarrar la pelota y jugar y meter el gol.

Se trata de animarse, levantarse, ponerse de pie y seguir adelante.

Pero es difícil... qué mejor graficado en la escena anterior a Pentecostés, en que los discípulos están a puertas cerradas con María, con miedo a lo que les pudiera suceder (Hch. 5, 12-16)

Dejar de rumiar la desolación... ¿pero cómo?!

Quizá sea este el objetivo de este retiro de semana santa 2018. Dejarnos conmover por lo que hemos estado viviendo en estos últimos 10 años como Iglesia, salir de nuestro encierro, de nuestro abatimiento; reconciliarnos entre nosotros, con nuestra historia, con víctimas y abusadores; pasar todo por el cedazo de la misericordia de Dios y conquistar esta Iglesia transfigurada, resucitada, que huye de su desolación, porque se decide a hacerlo.

### **Signos de esperanza**

Veamos cómo lo podríamos hacer. Cómo salir de nuestro encierro, de nuestro abatimiento. Cuáles podrían ser los signos de esperanza que necesitamos?

1.- **Poner la mirada en Jesús.** Al igual que Pedro en el pasaje del evangelio que narra su caminar sobre el agua, el apóstol sólo comienza a hundirse cuando pierde la mirada del Señor; mientras estuvo mirando a los ojos a Jesús no sintió miedo, pero después, al mirar hacia abajo, a las aguas, al problema en definitiva, perdió estabilidad y se hundió.

Necesitamos ganar en profundidad espiritual, necesitamos poner nuestra mirada una y otra vez en la mirada de Jesús. Necesitamos rezar más, participar de los sacramentos, pero no de manera mecánica; como miembros de la Iglesia, nosotros que estamos participando de un retiro de semana santa, los consagrados, todos los laicos, todo el mundo católico, necesitamos vincularnos más y mejor a Dios. Porque si hay gente que no profesa nuestra y que critica a la Iglesia por el daño cometido y a veces con justa razón, también hay gente que critica desde adentro y eso duele más. Por eso, en este retiro, pongámonos la mano en el corazón y pongamos en evidencia cuánto “nos ha

afectado”, cuánto “me ha afectado esta” crisis; seamos sinceros y digámosle a Dios: “Señor, creo... pero aumenta mi fe” (Mc.9, 24)

En algunos casos se ha visto resentido el afecto institucional por la Iglesia, pero no en pocos de nosotros también nuestra fe ha sufrido corrosión, silenciosa y subterránea. ¡Cómo no nos va a afectar la pérdida de confianza en la Iglesia, en sus autoridades, en nuestros párrocos, en los agentes pastorales! ¿Cómo no nos va a dar rabia o pena que vivamos en un mundo de la sospecha, donde hasta regalar un juguete a un niño puede ser considerado una desubicación o imprudencia!

Pidamos la gracia de un **corazón nuevo**, un corazón con una profunda comunión espiritual con el Señor; pidamos un corazón como el del P José Kentenich, un corazón sacerdotal, paternal, profundamente humano y por eso divino. Pidamos el corazón del padre.

Reflexionemos. En estos últimos 10 años: ¿cómo está mi fe? ¿Tambalea o está firme como la casa construida sobre roca?

2.- **Conquistar una fe adulta**: Sepamos discernir y valorar que junto con la cizaña de nuestra sociedad, crece también el trigo, que hay cosas buenas y que no han venido primeramente de la Iglesia. Iniciativas solidarias, campañas de oración; búsqueda de un sano equilibrio... a veces eso bien del mundo del yoga... ¿y por eso lo voy a catalogar como mundano o como muchas veces se escucha, demoníaco? Una fe católica que no se deja complementar, es una fe que se va quedando cada vez más sola. Y abrirse a nuevos escenarios no tiene nada que ver con bajar la guardia o empezar a tranzar nuestros principios.

Una fe adulta, que cree en la providencia divina, que no sostiene que si me porto mal merezco un castigo o que si me porto bien un premio... una fe que no postula a los “castigos de Dios” como una manera que tiene el Señor de relacionarse con sus hijos... una fe adulta, con autocrítica, abierta, serena... esa fe nos permite derrotar el abatimiento.

3.- **Evitar el individualismo y valorar lo comunitario**; nos hemos acostumbrados a vivir como si el otro fuera una competencia para mí y no un complemento; a veces pareciera que vivimos contra el otro y no con el otro: si no, vean cómo manejamos en Santiago un día viernes en la tarde o qué podemos llegar a hacer por quedarnos con el estacionamiento en un mal un sábado por la mañana.

Tenemos que fortalecer la comunidad y entender que caminamos entrelazados... que si al gobierno le va bien, a Chile le va bien y no porque sea contrario a mi opinión o tendencia política, “ni la sal ni el agua” como se dice. Y el mundo cada vez está más contrario a lo comunitario: el brexit en Inglaterra, la construcción de muros fronterizos en Estados Unidos, movimientos independentistas en Barcelona, lo demuestran.

Y a nivel personal, el individualismo tiene una gran herramienta: me puedo refugiar en mis vínculos virtuales que no son ni reales ni profundos ni duraderos... para qué decir el whatsapp que irrumpen en la intimidad de la vida familiar o de pareja.

Estamos llamados a ser, del tipo que sea, una comunidad unida, sencilla, alegre, donde compartamos nuestras alegrías y desilusiones; que cada uno sepa que puede descansar en alguien y que ese alguien no lo va a juzgar ni se va a escandalizar por nada que le diga o haga.



En este punto de lo comunitario, cómo no mencionar el gran mensaje de Schoenstatt, que es todo el mundo de los vínculos: amor que cambia, amor que conquista, amor que transforma. Los vínculos personales, estables, duraderos, son un signo de esperanza.

4.- **Escuchar y conmovirse.** Ha sido el tema de este retiro. Como María, conmovernos y actuar, pero siempre antes escuchar.

Escuchar es descubrir lo que le pasa al otro, es detenerse en su historia, en su contexto de vida; es entender el por qué de sus decisiones. Escuchar para ser escuchado, para que te escuchen, para poder hablar y transparentar.

Pasar de la conmoción a la acción y ponerse en movimiento, hacer algo que cambie la situación, salir de la zona de confort.

5.- **Ser pequeños y ser hijos:** reconocer la propia fragilidad. ¡Qué acto más valiente que saberse pequeño y pedir ayuda en lo que no puedo!

Cuando el Papa habla de Iglesia transfigurada, tiene que ver con ese ser pequeño, con reconocerse débil y no aparentar lo que no soy; quién soy yo para tirar la primera piedra; quién soy yo para escandalizarme de los errores ajenos. Todos somos frágiles y pecadores y nos cuesta aceptarlo y queremos meter todo debajo de la alfombra.

Nos dijo el Papa: “la conciencia de tener llagas nos libera; sí, nos libera de volvernos autorreferenciales, de creernos superiores”.

Aquí podemos citar al P Kentenich, que tiene un texto donde alude exactamente a la idea del desvalimiento de Pedro mencionado por el Papa.

El P José Kentenich aludiendo a nuestra realidad frágil, de pecado original, de darnos cuenta que somos tan pequeños y necesitados que necesitamos de Dios, de su misericordia, acuñó el término “niño herido”, que es tomado por su padre para transformarse en un “niño regaloneado” y después en un “niño milagro” o “niño maravilla”, algo muy similar al Pedro abatido, misericordeado y transfigurado.

Uno de los aspectos más originales de la espiritualidad del P Kentenich es que nuestra miseria se transforma en el lugar por excelencia del encuentro con la infinita misericordia de Dios; ese encuentro es el que te cambia la vida para el P Kentenich, porque a partir de ese encuentro se genera el proceso: nos damos cuenta de nuestra herida, somos “niños discapacitados o heridos”; por ser discapacitados, somos “niños mimados o regaloneados”, “niños predilectos de Dios” y por eso, “niños admirados”, “niños maravillas de Dios”, “niños milagro”. Al final, lo que vemos es el “niño milagro”, pero es niño maravilla o milagro, porque se sabe viviendo de su pequeñez.

6.- **Salir al encuentro del otro para incluir, acoger, aportar, servir.** Sentarnos en una misma mesa con los inmigrantes, con los divorciados, con los homosexuales, con los que no han tenido éxito, con los antipáticos, con los que me han hecho daño... con los excluidos, con la periferia existencial... ¡ahí sí que tenemos que entrar, estar, acoger! ¡Y vaya que cuesta!

7.- **Santuarizar:** ser santuarios vivos para acoger, para dejarse transformar (el otro tiene mucho que enseñarme y aportar) y ayudar a transformar (el otro quizás está buscando ayuda en ti) para enviar y cambiar y levantar el mundo, nuestra patria, la Iglesia. Ser un santuario corazón

8.- **Apostar por los jóvenes.** Darles prioridad, que hablen, escucharlos; que se equivoquen, no regañarlos. Dejar que entren a nuestros templos sin “prohibirles tocar”, porque de ellos depende el futuro del país y de nuestra Iglesia. Y eso cuesta, porque siempre es difícil desprenderse del clásico argumento de que “las cosas siempre se han hecho así”. Excelente iniciativa y ejemplo de ellos son las misiones familiares.

No se puede dejar de mencionar el tremendo ejemplo que dieron los jóvenes voluntarios durante la visita del Papa.

## Epílogo

Salir de la desolación, creer en un futuro mejor; avanzar por sendas de esperanza, porque el señor triunfó, porque la victoria es nuestra y porque Él está con nosotros hasta el fin de los tiempos. Esa es la fuente de nuestra esperanza y la esperanza de Jesús no defrauda.

Al cierre de esta reflexión, dejemos que sean las palabras del propio Francisco las que nos motiven justamente en la alegría y en la esperanza, que fueron la tónica de su mensaje en el regalo que nos dio con su visita apostólica a nuestro país.

“Pedro experimentó en su carne la herida no sólo del pecado, sino de sus propios límites y flaquezas. Pero descubrió en Jesús que sus heridas pueden ser camino de Resurrección. Conocer a Pedro abatido para conocer al Pedro transfigurado es la invitación a pasar de ser una Iglesia de abatidos desolados a una Iglesia servidora de tantos abatidos que conviven a nuestro lado. Una Iglesia capaz de ponerse al servicio de su Señor en el hambriento, en el preso, en el sediento, en el desalojado, en el desnudo, en el enfermo... (cf. *Mt 25,35*). Un servicio que no se identifica con asistencialismo o paternalismo, sino con conversión de corazón. El problema no está en darle de comer al pobre, o vestir al desnudo, o acompañar al enfermo, sino en considerar que el pobre, el desnudo, el enfermo, el preso, el desalojado tienen la dignidad para sentarse en nuestras mesas, de sentirse «en casa» entre nosotros, de sentirse familia. Ese es el signo de que el Reino de los Cielos está entre nosotros. Es el signo de una Iglesia que fue herida por su pecado, misericordiosa por su Señor, y convertida en profética por vocación”.

Estamos viviendo tiempos difíciles, qué duda cabe; pero lejos de quedarnos llorando frente a la adversidad, tenemos que levantarnos y seguir caminando juntos. El robo de la corona de la Mater en Bellavista nos dibuja una respuesta en tal sentido. Porque Chile también fue visitado por un profeta, el P Kentenich, en la mitad del siglo XX. Nos trajo una mirada distinta, una manera de ver la realidad que nos interpeló; nos regaló una misión, la cruzada de los vínculos, la misión del 31 de mayo. La tarea era enorme y los instrumentos muy débiles para cumplir con ella. Por eso coronó, para que María se coronara en esta locura de renovación de la Iglesia en todo el mundo, para forjar al hombre y a la mujer nuevos. En el 2018, Dios visita a su pueblo con la llegada del Papa Francisco a Chile. También nos abre los ojos a la realidad concreta que vivimos. También corona a María como la Reina de Chile, de nuestros pueblos, de la unidad, de la paz. ¿No será que tenemos la misión de devolverle la esperanza a Chile, a la Iglesia, a nuestro pueblo, a partir de una coronación

que volvamos a ofrecerle a la Mater, para que Ella se corone como nuestra Reina? ¿No será esa la fuente de nuestra esperanza?

Que el Espíritu Santo nos ilumine y nos regale la sabiduría que necesitamos para pasar de estar conmovidos a estar esperanzados...

Reflexión.

*¿Qué signo de esperanza me regala esta semana santa 2018 después de la visita del Papa Francisco? ¿Qué puedo hacer para devolver la esperanza a Chile y a su Iglesia? ¿Creo que la coronación es el camino para volver a encender la esperanza?*

**P Juan Ignacio Pacheco**